

DINOVÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

“Paraules d’Adriana”

CATEGORIA GENERAL 2.019

AUTORA: MONTSERRAT ESPINAR RUIZ

Amores imperfectos

Matilde mira sobre el lecho con la muerte engastada en su retina. El murmullo es leve, pero ella lo siente como un zumbido venenoso. El paso de la mañana se ensaña con las ventanas y las paredes de la casa; la alta temperatura lame la vivienda. El calor le corre por las sienas, por el cuello, entre los pechos. Un galope desapacible. Más gente, el dormitorio se estremece abarrotado. Una losa de lamentos se desploma acabando con el aliento de todos. Alguien calma la furia espantando con un trapo las moscas que intentan acercarse al catre. Desaliento. Las cortinas escenifican un baile desesperado. El fuego del aire las obliga a cabriolar de forma inoportuna. Matilde no puede llorar, ni siquiera parpadea, tan solo observa, como un toro de miura, la despedida de una mujer asesinada por su propio padre.

22 de septiembre de 1946

Querida madre,

No sé qué atrevimiento me conduce de forma imprudente a escribirle esta carta. Ya sabe mis respetos y mi admiración por usted. Desde niña me crió en el amor y la comprensión, en la ayuda y la condescendencia y ahora, ésta que le escribe es su hija, el resultado, quizá, de una madre tan singular como usted.

El sufrimiento me corroe ante la certeza de su amargura ante mi desaparición. Sepa que

Seudónimo: Monnayda

no tuve otra. Y le escribo precisamente a usted y no a padre ni a la tía Luisa, porque las dos conocemos nuestra complicidad, las dos guardamos, como joya única, aquellas conversaciones inacabables mientras paseábamos en bicicleta con pantalones y a escondidas de padre y del mundo, tanto me escuchó y tanto le conté...

Ahora que recuerdo nuestras travesuras por el monte, me río sola evocando los momentos que buscábamos para cortar y coser ropas cómodas y poder así disfrutar del ejercicio. Qué alivio y qué libertad abandonar las sayas y enfundarse en la ligereza de los camales de algodón. Esos momentos y tantos otros los añoro con toda mi alma.

Volviendo a lo que nos ocupa, madre. Ya conocía usted a Beatriz desde muchos años atrás. No sé si le conté que yo la descubrí cuando, de cría, regentaba la tienda de las legumbres. Una mañana entré a comprar. Tras el mostrador no había nadie, ni un alma. Esperé. Al rato hice sonar una campanilla que encontré prendida de la puerta, a modo de reclamo. Nada. Miré donde la vista me alcanzaba, hacia la trastienda. Tan solo la tenue melodía de una composición clásica llegó a mí para desquitarme de la vergüenza y lanzarme a curiosear. Caminé sigilosa. Algo me invitaba a averiguar de dónde provenía esa cadencia grácilmente perturbadora. En la penumbra la encontré, cuerpo de perfil descansando sobre una pierna extendida hacia atrás, manos formando armónicas figuras, cuello de cisne. Una escena angelical, madre, un querer que se me coló sin compasión. Y no me diga que son extravagancias mías, no, se lo pido por favor, que fueron muchos años los que enraizaron este amor que me dibujó como persona y mujer.

En aquél momento la belleza del encuentro me enmudeció. No podía dejar de contemplar la hermosura de sus movimientos, la sensualidad de sus brazos al aire, el aroma dulzón que desprendía su cuerpo. Fue su padre el que apareció y de una manotada lanzó el transistor al suelo. Silencio absoluto y tirantez. Beatriz se percató de mi presencia, me miró ofreciendo sus disculpas mientras se colocaba el delantal, visiblemente avergonzada. Muchas tardes la visité. Ella se excitaba haciéndome entender su pasión por el ballet: el

Seudónimo: Monnayda

nombre de alguno de los pasos, la evolución de su aprendizaje y su admiración por Galina Ulánova. Ya le conté, una vez en esos paseos nuestros por el monte, y como supe, la interpretación en Leningrado de Romeo y Julieta. Ay, madre, ella consiguió llenarme de esa admiración que sentía por los grandes del ballet, por esa ilusión suya de convertirse en bailarina y llenar los teatros de las más importantes ciudades. Como ve, y desgraciadamente, pura fantasía.

Una tarde la esperé al cerrar la tienda. Caía la noche y la acompañé a su casa. Llevaba tanto tiempo soñando con aquellos labios que, en un impulso, estiré de ella y en la oscuridad de un zaguán la besé. Disculpe, nos besamos, porque Beatriz me correspondió con la miel de su boca, derramándose para mí, aquietando discretamente esa sed mía insaciable. No se puede imaginar qué felicidad. Degusté la gloria, la finura del amor que me completaba. Nada que ver con los besos y las caricias ásperas de Fernando, en absoluto, madre. Que, aunque bien sé que no es de su agrado y aun sin comprender los motivos, le digo que el pobre ha tenido más paciencia que un santo conmigo, y se ha conformado con la miseria que yo le pude ofrecer. Nada que ver, madre. Créame.

El cuerpo de Beatriz era un tapiz de seda, de fragancias florales, de sueños y pasiones entre mis manos. Sé que es de difícil comprensión, que seguramente usted esperaba de su hija una mujer convencional con la ilusión de sus hijos y su casa. Yo también lo pienso en ocasiones, me refiero a esa desilusión que le pueda venir al leer tan claras mis palabras, y que hubiera continuado con esas ansias mías por la escritura y las historias en el papel; pero estas cosas no se eligen y a veces pienso que tanto me mimó, tanto me cuidó, tan finas y buenas palabras me regaló que fue usted la que me enseñó a enamorarme de la delicadeza y la gracilidad de la mujer.

Hace unos meses, Beatriz me pidió que dejara de acudir a la tienda. Una solemnidad le comió el rostro. No dijo nada más, me dio la espalda y continuó con el trabajo. Quedé desorientada y busqué una justificación. Fue cuando sorprendí a su padre escuchando en

Seudónimo: Monnayda

la trastienda. Nos miramos. Salió apresurado hacia mí y de un empujón me lanzó a la calle. Estuve semanas sin saber nada de ella, madre. Y la tristeza me devoraba como una mala enfermedad. Ni al bibliotecario era capaz de ayudar en las mañanas, ni en casa, ni a padre con los arreglos de relojes, imposible. Tal era mi vacío que no sacaba fuerzas para emprender ninguna actividad.

Pero el amor es poderoso, madre, el que cultivamos nosotras desde casi la niñez. Buscó el momento, creyó sortear al padre y vino a refugiarse entre mis brazos. Llegó como un animalillo herido. Cabizbaja, temerosa, y al escrutar su cuerpo con mis dedos comprobé la furia de su padre sobre sus carnes. ¡Qué horror, madre!, ¿qué bestia puede llevar a desarrollo semejante maldad? Le pedí que no regresara a su casa, pensé en esconderla, en escaparnos juntas incluso, pero Beatriz estaba presa del pánico, no era capaz de razonar ninguna propuesta, nada, se despidió con un abrazo que todavía me recoge, un abrazo interminable que me acariciará para siempre.

Ya no volví a verla. Porque lo que yacía en aquel lecho desgraciado ya no era ella. Corrió la mentira de la tragedia. Corrió como una plaga que pretendió mi muerte también. Un mal golpe trabajando en la tienda, eso dijeron, una caída reponiendo las baldas de las legumbres, una fatalidad sobrevenida. ¡Mentirosos!

La mañana de la vela acudí a su casa sin miedo alguno. ¿Miedo a qué, madre? Descubrí al asesino llorando a su víctima, intentando esconder bajo la camisa los arañazos que le ocasionó la lucha con Beatriz. Ella amaba la vida, amaba el baile, me amaba a mí.

Tengo la sensación que el mundo sabe la verdad y calla. Sí, madre, calla porque para todos es más vergüenza nuestro amor imperfecto que este crimen contra Beatriz.

Y si se pregunta cuándo regresaré, sepa que nunca. No soy capaz de poder topar con el energúmeno que me arrancó la vida, no quiero afrentarla a usted, ni a padre, ni a la tía Luisa ante los vecinos, ante nadie. Sigán con sus vidas sabiendo que los quiero y que nadie mejor que usted para haberme dado la vida y su sabiduría.

Seudónimo: Monnayda

La quiere,

Matilde

29 de noviembre de 1946

Adorada sobrina,

En esta soledad que me traga, tu carta ha sido un regocijo discreto. Todos hemos llorado tu ausencia. Pensábamos en tu dolor a cada instante, en tu paradero, en una posible locura tras la muerte de Beatriz. Debes entender, por lo tanto, mi alegría al saberte viva. Viva, sobrina, viva en un cementerio de borrones homicidas en que se ha convertido mi mundo. ¿Sabes?, las explicaciones de tu carta no me han sorprendido. Tu madre y yo te criamos queriendo en ti la valentía que a nosotras nos faltó. Reímos cada gesto, cada gracia y temimos, al ver reflejado en tu espejo, lo que nosotras nos empeñamos en ocultar. Y ahora, a mis años, y tras lo acontecido puedo decir que de poco ha servido. Por tu padre, que es mi hermano, por evitar su sufrimiento, ¿qué puedo añadir de mi admiración hacia un hombre honesto como él?; pero ya es tiempo de desprenderme del negro velo de la mentira, de esta astilla que nos ha ido llagando sin piedad.

El amor es libre, sobrina, libre en el corazón, en la piel, en los deseos, pero preso de la sociedad que nos ajusticia día tras día. Así lo hablábamos tu madre y yo cuando decidimos ser conscientes de nuestro sentimiento, de la ternura que nos sorprendió a las dos.

Las vivencias me han convertido en una mujer callada, incluso hosca en el trato, quizás terminé harta de toparme con necios a cada momento.

Quisiera aclararte, también, que a tu madre nunca le desagradó Fernando, sin embargo, en su ceguera natural de madre, lo responsabilizaba de los posibles malos encuentros que te pudiera ofrecer. Como ella con tu padre, sobrina, tantos años, un fingimiento que no procesaba con alegría. Le dolía el aire que te pudiera soplar, su Matilde, su niña, su

Seudónimo: Monnayda

trozo de vida. Y al descubrir en ti la llaga de su astilla, sufrió como nadie se puede imaginar.

Pero la vida es caprichosa, sobrina, muy caprichosa. Porque ahora viene la explicación de ser yo la que responde a tu carta. La noche de tu ausencia tu madre andaba desesperada. Había dado bandazos por las calles, mañana y tarde, por todos los rincones posibles: su único propósito dar contigo. Ni siquiera atendió a tu padre, a nadie. Como digo, esa noche, se vistió los pantalones de algodón, agarró la bicicleta y se perdió en el monte. A ojos de tu padre, de los vecinos, libre de vergüenzas. Aquí nos dejó, sobrina, solos, muy solos, dolorosamente solos. La encontramos a los tres días, despeñada por el barranco de los Sauces.

Ahora no queda nada. Tu padre no remonta, cada día lo contemplo más consumido, casi desaparecido. No concibe la vida sin su mujer y sin su hija, no la concibe porque ya no hay vida sin vosotras. Y yo aquí resisto sin querer resistir. Sentada en la butaca de tu madre, contemplando nada tras la ventana del salón, dejando pasar esta suerte que se empeña en mantenerme en este maldito teatro que me despidió hace sesenta y cinco días. Así es, sobrina, sesenta y cinco largos días de pérfida tristeza. Ya cerré los ojos al público, el telón bajó clausurando mi actuación y yo, sobrina, no voy pronunciar ni una palabra más porque ya las dije todas con esta boca de mujer, que, como tan bien escribiste en la carta, amó, tal vez de forma imperfecta, pero amó con todas sus ganas.

Te quiere

La tía Luisa